

# Ciudades pedagógicas europeas

*Hacia una cartografía educativa*

Isabel Vilafranca i Manguán  
Raquel Cercós i Raichs (eds.)



# **Ciudades pedagógicas europeas**

# Ciudades pedagógicas europeas

*Hacia una cartografía educativa*

Isabel Vilafranca i Manguán  
Raquel Cercós i Raichs (eds.)



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

Edicions

Pedagogías UB

# ÍNDICE

Presentación. Pensar es dibujar <i>Isabel Vilafranca i Manguán, Raquel Cercós i Raichs</i> .....	9
El espíritu de Lovaina, un referente formativo católico (1834-1965): pedagogía integral, juventud trabajadora y doctrina social <i>Conrad Vilanou Torrano, Jordi Garcia Farrero, Begoña Lafuente Nafria</i> .....	35
La Trieste cosmopolita como registro pedagógico de Europa: impunidad e inmunidad en Magris y Drndič <i>Enric Prats Gil, Clara Domènech Vivas</i> .....	93
Viena, capital pedagógica europea <i>Isabel Vilafranca i Manguán, Karine Rivas Guzmán, Antonieta Carreño Aguilar</i> .....	117
El «espíritu de Ginebra»: una visión desde el movimiento de la <i>Éducation nouvelle</i> <i>Jordi Garcia Farrero, Cristian Martínez Gutiérrez</i> .....	135
Birmingham y los parques urbanos: un modelo pedagógico para las ciudades industriales <i>Eulàlia Collelldemont Pujadas, Raquel Cercós i Raichs</i> .....	155
Cultura y formación en Rusia. Tres referentes geográficos: San Petersburgo, Yásnaia Poliana y Moscú <i>Raquel de la Arada Acebes, Ferran Sánchez Margalef, Conrad Vilanou Torrano</i> .	175
Capitales pedagógicas alemanas del período de entreguerras: Múnich, Marburgo, Berlín y Jena <i>Isabel Vilafranca i Manguán, Àlex Egea Andrés, Eric Ortega González</i> .....	241
París y los ecos del Mayo del 68. La inclusión de los sectores vulnerables. A propósito de Fernand Deligny y Jean Vanier <i>Jordi Planella Ribera</i> .....	283

Barcelona en los límites de la ciudad posolímpica: polifonías ficcionales en reconstrucción <i>Enric Prats Gil, Álex Egea Andrés</i> .....	297
Notas biográficas .....	315

# PRESENTACIÓN. PENSAR ES DIBUJAR

ISABEL VILAFRANCA I MANGUÁN  
Universidad de Barcelona

RAQUEL CERCÓS I RAICHS  
Universidad de Barcelona

En este libro nos complace presentar una cartografía pedagógica europea de las principales capitales educativas que intervinieron en la reconstrucción de Europa después de la Primera Guerra Mundial. Aun a riesgo de olvidos, se analizan ciudades clave tanto en el desarrollo de discursos educativos como en la trayectoria del pensamiento pedagógico que acompañó dicha reconstrucción después de la gran catástrofe provocada por la Gran Guerra (1914-1918). Devastada, empobrecida y enfrentada, Europa tenía ante sí el reto de restablecer sus relaciones políticas sin beligerancia. En los más de cien años que nos separan del final de la Primera Guerra Mundial, el continente ha sido capaz de conformar un acuerdo supranacional para poner remedio a su cruento pasado como escenario de las dos guerras mundiales. En esta compleja trayectoria, la educación ha tenido —y tendrá en adelante— un papel crucial. Frente a los primeros políticos que intentaron forjar un acuerdo intergubernamental, se erigen una serie de discursos pedagógicos, promovidos desde diferentes ciudades, que colaboran en la conformación de la ciudadanía europea o, más bien, en el intento de afianzar la democracia parlamentaria que permite hacer de Europa una comunidad de convivencia pacífica. La obra que tiene el lector entre manos pretende, pues, ahondar en las diferentes ciudades y discursos educativos que, desde la pedagogía, hicieron posible este proceso, y destacar su decisivo papel en la configuración de la Europa pacífica que, con sus más y sus menos, hoy es. Por tanto, el objetivo de este volumen, entre otros, es dibujar una historia de la pedagogía en sentido europeo.

A lo largo de estas páginas, la ciudad es un pretexto para hablar de los discursos pedagógicos. Cabe aclarar que, cuando se emplea el término «capital», su acepción no tiene un sentido político. Se presentan las ciudades como capitales por constituir un referente intelectual, cultural y pedagógico. Los recientes estudios de sociología urbana ponen de manifiesto que la ciudad es un horizonte político, urbano, social y económico, pero ante todo pedagógico. Y lo es precisamente porque, dentro de un mismo Estado, las ciudades adole-

cen de desigualdades insoslayables. En su obra *Ciudades en marcha*, Arnold J. Toynbee informa de que la ciudad, como unidad de estudio urbana, arquitectónica, sociológica, económica, pedagógica, etc., posee una historia y anticipa un futuro. «La ciudad es un acontecimiento en el tiempo y, en consecuencia, no puede ser comprendido en su totalidad si no se la considera en relación con el pasado» (Toynbee, 1973, p. 7). Para este autor, la ciudad mecanizada es heredera de la ciudad tradicional, y la ciudad-mundo, que se extiende alrededor del globo, surge como consecuencia de las anteriores.

Dentro del período histórico que aquí se analiza, finales del siglo XIX y siglo XX, las ciudades europeas sufrieron una profunda transformación. Cabe afirmar que no existe ninguna ciudad que quede exenta de este dinamismo. La explosión demográfica derivada de la industrialización y de la era posindustrial lleva anexo, en la mayoría de los casos, un rápido crecimiento urbanístico que invalida la distribución social de la ciudad tradicional y la arquitectura burguesa hasta entonces utilizada. A este proceso de urbanización se suma uno de pauperización social gradual hacia la periferia. Martín Santos expresa, a propósito de esta gradación:

En el centro, la ciudad asume sus prestigios, goza de sus monumentos, intensifica el espacio con el brillo de las luces, se produce la identificación urbana. Es el lugar donde se encuentran la «beautiful people» con la «beautiful city». Más allá, todo se diluye gradualmente (Martín Santos, 1987, p. 15).

Mientras Europa va recomponiendo su espacio, tanto el político como el social, las ciudades asumen un destacado papel, pues han de posibilitar los acuerdos internacionales y formar a la ciudadanía para consolidar esta paz intracontinental, que también había de ser mundial. Frente al clásico modelo de ciudad-Estado propio de las polis griegas, surge en este período una ciudad para el Estado. La ciudad toma así la responsabilidad de formar a los ciudadanos para el Estado y para la supranacionalidad europea. En definitiva, la ciudad se erige a través de la ciudadanía con un fin último: constituir el Estado y fomentar los acuerdos pacíficos imprescindibles para reconstruir el viejo continente. De este modo, en el ámbito pedagógico cobra gran importancia la relación entre la ciudad y la ciudadanía, lo cual obliga a reestructurar la educación. Europa se transforma. En esta metamorfosis política, que transita de las monarquías absolutas a los gobiernos liberales, ha de apuntalarse el nuevo marco político por medio de la educación. La ciudad deviene, en consecuencia, en un punto cardinal político, social, económico y pedagógico. Si hasta entonces se había fomentado la subordinación a un monarca priorizando las

élites sociales, ahora se afronta el nuevo reto de preparar a los ciudadanos para la democracia. En tales circunstancias, la ciudad constituye un horizonte pedagógico. Se trata de afianzar el Estado a través de la ciudad, y esta, a su vez, a través de la ciudadanía. La pedagogía pasa a ocupar un lugar central en la política. La escuela, principal institución educativa, debe formar ciudadanos. Surgen empero las preguntas acerca de qué ciudadanía, qué educación y qué escuela. Es precisamente en la respuesta a estas cuestiones donde los discursos pedagógicos se distancian, se encuentran y desencuentran.

Como es sabido, cada ciencia es un sistema de problemas invariables o de muy limitada variación, y este se transmite a lo largo del tiempo y de las generaciones, pasa de mente en mente, de discurso en discurso, y constituye el patrimonio de la tradición en la historia milenaria de esa ciencia. Así acontece también en la pedagogía. Se observan en ella, desde siempre, algunos problemas que el pensamiento y el debate histórico atesoran, como es el caso de las ciudades y los discursos pedagógicos que aquí se presentan. Cada ciudad tiene su modelo de ciudadanía acompañado de un discurso pedagógico que lo justifica y lo pretende materializar en las nuevas generaciones mediante la educación. Por ello, precisamente, pensar es dibujar, entender e interpretar un pasado y una tradición además de anticipar un futuro.

## LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA. ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

En la actualidad Europa se enfrenta a uno de los desafíos más grandes de su historia: la salida, por primera vez, de uno de sus países miembros. El proceso llamado Brexit pone de manifiesto la inestabilidad europea. Ante este nuevo desafío, tal y como dice Enrico Letta, el reto consiste en «hacer Europa y no la guerra», es decir, reformular educativamente Europa. A fin de justificar Europa como vía pedagógica, haremos un breve repaso de las bases de la Unión Europea (UE), para después hablar de las iniciativas europeas en materia educativa merced a los tratados aprobados por esta.

Conviene iniciar el recorrido recordando que en el año 2012 la Unión Europea recibía el Premio Nobel de la Paz y, más recientemente, en 2017 era galardonada con el Premio Princesa de Asturias de la Concordia. Estas distinciones conmemoraban un prolongado proceso, nada fácil, de reconstrucción pacífica. Europa, con su cruento pasado como escenario de dos guerras mundiales, ha sido capaz de restablecer sus relaciones políticas sin beligerancia. Decíamos anteriormente que en esta complicada trayectoria la educación ha



tenido un protagonismo nada desdeñable. Igual que los primeros políticos que lograron forjar un acuerdo intergubernamental, una serie de discursos pedagógicos y ciudades permitieron la construcción de la Unión Europea o, más bien, el intento de afianzar la democracia parlamentaria que permite hacer de Europa una comunidad política sin hostilidades. A estos discursos y ciudades es a los que se dedica esta obra a fin de dibujar una cartografía pedagógica europea.

La construcción de la Unión Europea ha sido un proceso que no ha estado exento de dificultades ni falta de tensiones internas y externas. Si bien el impulso definitivo de esta gestación se da después de la Segunda Guerra Mundial, ya antes —exactamente después de la Gran Guerra— había existido algún intento de restablecer la paz a través del acuerdo intergubernamental de la creación de la Sociedad de Naciones en 1920, con sede en Ginebra, derivado de la aplicación del Tratado de Versalles, que —al decir de John Maynard Keynes— estableció una «paz cartaginesa». En cualquier caso, inspirada en las ideas del presidente norteamericano Woodrow Wilson, esta nueva organización con vocación mundial estuvo principalmente dominada por las potencias vencedoras, Francia y Gran Bretaña, las cuales diseñaron un nuevo mapa continental que Joseph Roth (2020) reflejó en sus crónicas periodísticas *Años de hotel. Postales de la Europa de entreguerras*.

Después de la Segunda Guerra Mundial se renueva el afán de integración europea. Al término de la contienda, y dada la catastrófica situación en que se encontraba el continente, dividido, desacreditado y empobrecido, se impone la necesidad de propiciar el acercamiento político de los treinta Estados soberanos para superar el conflicto y la incomprensión derivados de las dos conflagraciones armadas. En este propósito, tuvo gran peso la ilusión de Winston Churchill, que había ocupado el primer escaño de la Cámara de los Comunes de Reino Unido durante la guerra y que en 1947 fundó el Movimiento de Europa Unida (Churchill, 2016, pp. 78-87). A raíz del establecimiento de este movimiento se realizará en La Haya el que se ha denominado «Congreso de Europa». Entre el 7 y el 10 de mayo de 1948 tuvo lugar la primera reunión en que se empiezan a sentar las bases de la Unión Europea. Los asistentes lograron un acuerdo inicial, y estos son los considerados «padres de Europa»: Konrad Adenauer, Paul-Henri Spaak, Jean Monnet, Alcide De Gasperi, Robert Schuman y Richard Coudenhove-Kalergi. En este congreso, celebrado en la ciudad de los Países Bajos, se dirimieron los desencuentros entre los «unionistas» —principalmente conformados por los representantes británicos, con el victoriano Churchill a la cabeza— y los «federalistas» —entre los que se encontraban los franceses, los italianos, los belgas y los neerlandeses.

Como consecuencia de este congreso se creó, oficialmente, un Consejo de Europa, cuyo estatuto fue firmado en Londres en 1949. El Consejo de Europa, con sede en Estrasburgo, se compuso de dos organizaciones: un comité de ministros y una asamblea consultiva. Este Consejo tuvo un destacado rol en el europeísmo porque proclamaba la unidad europea basándose en «los principios de libertad individual, de libertad política y de preeminencia del derecho, sobre los que se funda toda democracia verdadera» (Truyol, 1972, p. 35).

Estos principios, que se consideraban el común denominador de la herencia compartida por los países europeos, eran los cimientos sobre los que establecer la naciente cooperación internacional del viejo continente. Precisamente, gracias a la aparición el 4 de abril de 1949 de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y dada la fragilidad institucional del Consejo de Europa, los europeístas decididos propugnaron una organización supranacional de ámbito geográfico más reducido, de comunidades europeas en sentido estricto, y en septiembre de 1950 establecieron en Estrasburgo el nuevo «Consejo de los Pueblos de Europa».

A esta favorable coyuntura política, en el plano económico se añade la beneficiosa situación financiera que siguió a los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Entre 1945 y 1963 se habla de tres «milagros» económicos. Tres Estados abanderan el desarrollo de Europa Occidental: Alemania, Italia y Francia. El «milagro alemán» se dio bajo el ímpetu del canciller demócrata-cristiano Konrad Adenauer (1945-1963). Gracias a una poderosa corriente de exportación y a una economía apoyada en una moneda sólida (*Deutsche Mark*) el país pronto se convierte en una de las primeras potencias del mundo. Al «milagro alemán» le sucede el italiano, de naturaleza completamente distinta —y no tan acentuado como el primero—. Las regiones del norte y del centro se consolidan en sectores industriales como el automóvil y los electrodomésticos. Este progreso le asegura, durante veinte años, una posición pionera y fuerte en el mercado internacional. Por último, tuvo lugar el «milagro francés», con un crecimiento ininterrumpido desde 1945 hasta 1973. Prácticamente treinta gloriosos años de imparable progreso hasta erigirse como la potencia hiperespecializada en la industria aeronáutica, agroalimentaria y biosanitaria que hoy es.

En realidad, esta coyuntura económica beneficiará la forja de una verdadera Europa. Aquí adquieren especial relevancia los llamados «padres de Europa». A medio camino entre la integración y la disociación, la actividad del Consejo de Europa se limitó a discusiones interesantes, porque Inglaterra se oponía categóricamente a cualquier abandono de soberanía nacional. Tras este fallido arranque, Jean Monnet estimó que, para realizar la construcción euro-

pea, era necesario habituarse a trabajar juntos en el marco de actuaciones concretas en sectores precisos. Al hilo de su propuesta, el 9 de mayo de 1950 Robert Schuman, ministro francés de Asuntos Exteriores, propone —inspirado en la declaración de Monnet— colocar el conjunto de la producción franco-alemana del carbón y el acero bajo una Alta Autoridad común. Se suman a la propuesta la República Federal Alemana, Bélgica, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos. En consecuencia, el 18 de abril de 1951 —tras una breve negociación— se instaura la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), cuya carta fundacional se recoge en el Tratado de París. Con el surgimiento de la CECA nace la «Europa de los Seis». Este hecho constituyó un punto de inflexión, dado que era la primera vez que los seis Estados miembros cedían ciertos derechos soberanos a un órgano común encargado de velar por los intereses de la nueva entidad. Esta Alta Autoridad, con poderes supranacionales, se ubicó en Luxemburgo. La CECA, cuya primera presidencia asumió Monnet, consiguió funcionar con gran éxito a pesar de la negativa de Reino Unido a participar en ella. A la vista de este triunfo, los seis ministros de Asuntos Exteriores de la CECA se reunieron en Mesina el 1 de julio de 1955 para impulsar la Comunidad Económica Europea (CEE), un hecho al que se ha dado en llamar la *relance européenne*. La CEE se materializa en el Tratado de Roma del 25 de marzo de 1957, del que ya se ha celebrado su sexagésimo tercer aniversario. Por este motivo, el período que transcurre entre 1955 y 1957 ha sido denominado la «primavera europea». El objetivo de este acuerdo era garantizar la libre circulación de personas y de mercancías, bajo la protección de una ciudadanía común, diluyendo paulatinamente las fronteras internas nacionales de los seis miembros. Al consejo de ministros heredado de la CECA se unía una «Comisión Europea» con sede en Bruselas. Era un primer bosquejo de poder supranacional (Carpentier y Lebrun, 1994).

En este contexto, la creación de un mercado común europeo constituía un paso firme hacia la viabilidad de una Europa unida. En este proceso asume un papel fundamental el general De Gaulle, que, sin ser contrario a la construcción europea, tal y como él relata en sus memorias, habría preferido un consorcio franco-alemán. De Gaulle advertía que la intromisión británica en los organismos de la CEE podía dejar la puerta abierta a la influencia norteamericana. Esta fue la principal causa del reiterado rechazo de la entrada de Reino Unido en el mercado común, a la que se opuso en dos ocasiones (1963 y 1966). Se trataba de fortalecer la Europa continental. La entente cordial protagonizada por De Gaulle y Adenauer pareció dar más importancia a la «consolidación» de la Comunidad que a la «ampliación» de sus miembros. Sobre todo si dicho aumento podía poner en peligro la cohesión interna de estos frente al exterior y en especial

frente a EE.UU., a la luz de sus estrechas relaciones con la Commonwealth. Este hecho, así como la constante mirada transatlántica del Imperio británico, incitó el veto de De Gaulle a la adhesión del Reino Unido. El general De Gaulle proponía una «Europa de los Estados», es decir, una Europa de la cooperación interestatal, de acuerdo con la idea de la nación-Estado.

Ahora bien, las reiteradas solicitudes del Reino Unido para incorporarse a la Comunidad, lideradas por el primer ministro laborista Harold Wilson, provocaron intensas discusiones internas entre los seis integrantes. En el debate central las divergencias se dirimían entre la apuesta por una «Europa atlántica», de relaciones más centrifugas, o una «Europa europea», que priorizaba las concordancias centrípetas de la línea continental. Mientras que De Gaulle objetaba la incorporación del Reino Unido a la comunidad, otros, en especial los declarados partidarios de la supranacionalidad —Luns y Spaak—, la apoyaban firmemente. Al cabo, tras duros y prolongados forcejeos en las cuestiones económicas —y en virtud de la desaparición de Churchill del panorama político—, la Cámara de los Comunes aprueba —el 28 de octubre de 1971— la adhesión del Reino Unido a la Comunidad. Junto con la solicitud de dos candidatos más, el 22 de enero de 1972, la «Europa de los Seis» pasa en 1973 a constituirse como la «Europa de los Nueve». Se integran Reino Unido, Dinamarca e Irlanda. Este momento de ampliación consolida la segunda etapa en la construcción europea: la «Europa de los Pueblos» da paso a la «Europa de los Estados», de la que no tardará en comprobarse su insuficiencia. No será hasta 1981, con la unión de Grecia, cuando se hable de la «Europa de los Diez». En 1986, merced a la entrada de España y Portugal, se amplía la comunidad, que pasa a denominarse la «Europa de los Doce». Y así sucesivamente hasta llegar al Tratado de Maastricht de 1992, en que se funda definitivamente la «Unión Europea» (Carpentier y Lebrun, 1994; Pérez Casado, 2017).

A la vista de lo expuesto, en esta extensa y complicada trayectoria se asientan los primeros cimientos de la Unión Europea, proceso protagonizado por las figuras de Richard Coudenhove-Kalergi —europeísta austriaco autor de *Pan-Europa* (1923)—, Jean Monnet —primer presidente de la alta autoridad de la CECA—, Konrad Adenauer —canciller alemán de la posguerra y promotor del milagro alemán—, Paul-Henri Spaak —presidente belga del partido socialista—, Robert Schuman —ministro francés de Asuntos Exteriores, fundador e inspirador de la CECA—, Alcide De Gasperi —presidente del consejo de ministros de Italia— y, cómo no, Charles De Gaulle —presidente de la Quinta República francesa, cuyo nacimiento se produjo después de la crisis colonial de 1958—. Estos son los considerados «padres de Europa». De Gaulle era reticente a la idea de Europa, se apunta en la década de los sesenta a remol-

que de Adenauer. Él estuvo alejado de la política entre 1946 i 1958, aunque por su condición militar no era muy amigo de establecer pactos con Alemania, hasta que trató personalmente a Adenauer.

Frente a estos artífices de la unidad europea, que la hicieron posible sobre la base de la convivencia pacífica, la democracia y la solidaridad intergubernamental, existe una pléyade de autores y de ciudades que, desde el discurso pedagógico, acompañaron este proceso de formación de los ciudadanos para consolidar estos acuerdos.

Igual que en el plano político, podríamos afirmar que hay al menos dos generaciones de «padres pedagógicos» de Europa. A la vista de los acontecimientos, no resulta extraño que el movimiento de la Escuela Nueva se difundiera a lo largo y ancho del contexto europeo durante la época de entreguerras y se manifestara contrario a la violencia, con una vocación pacifista e internacionalista bajo las directrices de la Sociedad de Naciones (Vilanou, 2019, p. 18). Así, la primera generación asume la misión de reconstruir pacíficamente Europa, y busca consolidar la democracia a través de la autonomía del educando. En esta primera generación, cuya trayectoria se ubica principalmente en el período de entreguerras, se podría incluir a Georg Kerschensteiner, Eduard Spranger y Paul Natorp en Alemania; a Pierre Bovet, Édouard Claparède, Robert Dottrens y Adolphe Ferrière en Ginebra, con su carga internacionalista; a Hans Gloeckel en Austria; y, en Francia, la reforma Viviani o el propio plan Langevin-Wallon de la segunda posguerra.

Es evidente que las cosas cambiaron a partir de 1945. Una vez consolidada la democracia en los países, se erigiría una segunda generación de «padres pedagógicos» que, más allá de estas primeras iniciativas, después de la Segunda Guerra Mundial y tras la instauración de la CEECA, luchan por el fomento de la unidad continental mediante el intercambio cultural de sus países y proclaman la integración europea a través de la educación. Tal es el caso de Guido Gonella —ministro de Instrucción Pública italiano en tiempos de De Gasperi—, de Denis de Rougemont —director del Centro Europeo de Cultura— y de Friedrich Schneider, pedagogo comparatista que da un impulso definitivo con su obra *Educación europea*, de 1963. Cabe mencionar, asimismo, una serie de instituciones que, al socaire de estos discursos pedagógicos, se crearon con el afán de conformar conjunta y cooperativamente la cultura europea, como por ejemplo el Centro Europeo de Cultura (1950), con sede en Ginebra, o el Colegio de Europa (1950), de Brujas, además de la Asociación Europea de Educadores, con sede en Darmstadt, fundada en 1956.

Dentro de la primera oleada de iniciativas para consolidar la democracia, el ideal de reconstrucción estatal pasa por la instauración de un modelo de

educación única y pública, que ya se había gestado antes de la Gran Guerra pero que se retoma con mayor ímpetu con posterioridad a ella. En el período de entreguerras las reformas educativas se van sucediendo en el continente europeo. Se advierte que la reconstrucción del entendimiento intracontinental requiere una nueva educación. De ahí que hablemos de los primeros «padres pedagógicos» de Europa.

Los primeros «padres pedagógicos» de Europa hicieron suyo el reto de fraguar la democracia y la convivencia pacífica intra e interestatal desde la escuela. Nada nuevo se aporta cuando se afirma que la larga línea de pedagogos que intentan instaurar la democracia en Alemania se remonta a George Kerschensteiner, cuya aportación constituye la antesala de la reforma educativa que se gestará en la República de Weimar a partir de 1919. Según él, la acción educativa deben centrarse en la educación cívica, a fin de que el Estado democrático devenga en una comunidad moral (1934, pp. 33-34). Y esta es la misión principal que debe asumir la escuela pública y la educación en sentido genérico. No en balde, en la Alemania de la primera posguerra, la transformación se basará en la escuela del trabajo de Kerschensteiner. La reforma de la educación pública en Alemania hunde sus raíces en el movimiento de la escuela unificada (*Einheitsschule*) propiciada por los partidos democráticos y socialistas, así como por las asociaciones de maestros y pedagogos de tendencia liberal, entre los cuales se halla el propio Kerschensteiner junto con Natorp, Fischer y Spranger, entre otros. En 1914, en la asamblea de la Deutsche Lehrerverein en Kiel, la asociación de maestros alemanes hizo suyas las tesis de Kerschensteiner:

La escuela pública general en el estado jurídico, es decir, en aquel estado que regula automáticamente las relaciones de sus miembros según los principios de justicia, debe facilitar a todo niño, sin excepción, aquella educación a que tiene derecho en la medida de sus disposiciones (Luzuriaga, 1964, p. 105).

Dicho de otra forma, crecía el interés por establecer en Alemania una escuela pública y democrática —proyecto que se verá demorado por el estallido de la Gran Guerra y deberá esperar la llegada de la república de 1919—. Junto con la aportación de Kerschensteiner, destaca el ideal de pedagogía social de Paul Natorp, que también sienta las bases de la democracia educativa con una propuesta social, y la obra de Eduard Spranger, que propugna la finalidad educativa de la pedagogía cultural.

Si en Alemania, dada la ausencia de tradición parlamentaria, la pedagogía se preocupa por establecer los cimientos de la democracia, en Suiza, cuya capitalidad pedagógica asume Ginebra, el interés es otro, tal y como Jordi Gar-